



REPUTACIONES HECHAS

TENGA usted paciencia; joven—le dije —tenga usted paciencia. No se ganó Zamora en una hora. Los demás hemos pasado también por esas impaciencias.

—¿Y entonces?—me preguntó.

—Entonces—le contesté—decía yo las mismas cosas que usted dice ahora. Y acá, para entre nosotros, las sigo diciendo.

—¿Lo ve usted?—exclamó.

—Sí, tiene usted razón, joven, la lucha es aquí triste, muy triste. Lo es la lucha por el garbanzo, lo es mucho más la lucha por el renombre y el prestigio. Se llega siempre tarde, cuando se está ya cansado y rendido.

—Este es el país de los derechos pasivos... —me interrumpió.

—Así es—añadí.—Se entra en carrera tarde, muy tarde, y cuando ya uno está hecho una carraca vieja, cuando si es escritor vive del auto-plagio, de repetir lo que ya había dicho, es

cuando más público tiene. Lo he dicho ya alguna vez. . .

—Seguramente que lo habrá usted dicho— acotó sonriéndose con malicia.

Y ya que le calé la intención, agregué:

—En efecto, joven, yo soy de los que más se repiten, de los más machacones, de los menos variados, de los menos revoloteadores. ¡Qué le vamos á hacer! Pues bien, alguna vez he dicho que todo lo que escribo y leyéndolo después me parece indigno de la publicidad, lo voy guardando en una carpeta donde he rotulado: «para después de cumplir los sesenta». Porque entonces, si así sigo, será cuando tenga más público.

—¿Y no es esto terrible? . . .

—Sí que lo es, joven. Aquí parece como si á los escritores les pasara lo que le pasa al vino y es que mejoran con el tiempo. El público es lento, muy lento en recibir, y no menos lento en soltar lo que una vez hubiese recibido.

—Pero ¿y si yo buscara mi nombre fuera?— me insinuó.

—¿Fuera?—le dije—¿fuera? pero dónde alma de Dios ¿dónde? Dónde, fuera de aquí, de esta tierra en que usted nació y vive, ¿dónde espera usted llegar antes que aquí á lo que se propone? No se forje usted ilusiones. El nombre de un escritor no rebasa fuera de su patria sino después que la ha llenado. Lo que hay es que

como son tan pocos los que leen es muy poco lo que hay que llenar.

—Pero. . .

—No hay pero que valga. A los jóvenes no se les conoce por ahí fuera. No haga usted caso alguno de los que le digan lo contrario. Sí, ya sé que otros jóvenes de allá, de esas otras tierras ultramarinas en que se habla nuestra lengua, les escribirán á ustedes hablándoles de que por allá se les celebra y colmándoles de elogios disparatados con unos epítetos crepitantes. Se comunican ustedes de cotarro á cotarro, de cenáculo á cenáculo, cambian de revistas, pero el público, el gran público, el que dá la fama y el dinero, ese no se entera de nada de eso. Aquí y allí, pero allí más aun que aquí, ese gran público no admite sino reputaciones hechas, nombres consagrados. Aquí tiene usted una carta de un amigo mío, literato, que acaba de regresar de la Argentina. Vea usted lo que en ella me dice.

Y le leí parte de dicha carta en que mi amigo me confirma lo que yo ya sospechaba y aun sabía y es que ahí apenas conocen á España, á la España de hoy, ni los criollos ni los españoles. «Sólo entienden de las glorias sancionadas—escribe mi amigo—Benlliure, Sorolla, Benavente, Blasco, Galdós: la España reciente y de valer, la ignoran. Hay que ir hecho porque ellos no saben hacer, así como necesitan que se les

envíe hecha la industria, los sombreros, los cafés y los tranvías.» Le leí este párrafo que no es mío, sino de mi amigo el literato que excursionó por ahí, y le leí otro párrafo de la misma carta que acaba así: «es un país admirativo que quiere que lo aturdan con cosas hechas y ya gloriosas.»

El joven, al oirme todo esto, lo mío y lo de la carta de mi amigo, quiso protestar, pero yo le atajé diciéndole:

—No, no proteste usted. Todo esto es natural, naturalísimo; sucede allí y sucede aquí también, aunque, como le decía, tal vez en distinto grado. El público en todas partes necesita que le den las reputaciones hechas, porque él no tiene tiempo para hacerlas. Su recelo hacia todo lo nuevo podrá ser más ó menos lamentable, pero está justificadísimo. ¡Le han engañado tantas veces...! Todo esto obedece á una ley de economía. Y menos mal en los países de espíritu admirativo. Es tal vez mejor que un pueblo tenga instinto admirativo que no el que lo tenga iconoclastico.

—Pero no cree usted... —empezó á decirme el joven.

Y yo, que le adiviné el pensamiento, le dije:

—En efecto, sí. Porque sé lo que va usted á decirme, joven. En efecto, los pueblos, lo mismo que los individuos que llamamos admirativos

*u. b. Y quien hace las glorias? y que
al las trae ingenio al público?*

es que en el fondo no admiran á nadie, ó mejor dicho se admiran á sí mismos. Hay casi siempre en el fondo de sus admiraciones un cierto sedimento de maliciosa socarronería, algo de escepticismo. Hay que temer á la admiración.

—¿Pero es que usted no quiere ser admirado? —se atrevió á decirme entre cínico y burlón.

—No, yo lo que quiero es ser discutido y aun negado. Aquí, en España, á nadie debo más que á quienes más me han combatido y negado y hasta á los que han tratado de ponerme en ridículo. En quienes más he influído, se lo digo con mi característica petulancia, es en quienes se me han enfrentado. Le tengo terror, verdadero terror á la consagración literaria.

—Bueno — me interrumpió — dejémonos de estas amenas divagaciones, y dígame usted, yo, en mi caso, ¿qué hago?

—Ya se lo he dicho, tener paciencia.

—Es que no puedo esperar...

—Entonces desesperarse.

—¿Y qué logro con eso?

—Oh — le dije entonces con una cierta gravedad, que debió de parecerle cómica — la desesperación puede llegar á ser un amargo consuelo. Lea usted al propósito unas líneas llenas de triste sabiduría del «Marco Aurelio» de Renán. Y le invito á que las lea porque como acaso tomará usted á paradoja esto del consuelo en el

desconsuelo, quiero que vea usted que no voy en tan mala compañía, pues que voy en la de Renán, en quien la sabiduría era aún mayor que la ciencia, con ser esta en él tan sólida.

—¿Y qué voy á hacer desesperándome?

—Pues... embestir, agredir, insultar, más ó menos insidiosamente, maltratar al público.

—¿Y se consigue así algo?

—Se consigue por de pronto el desahogo, y tal vez se consigue algo más.

—Dirán que soy un despechado...

—Y que lo digan, ¿qué? ¿Si lo es usted realmente qué debe importarle que lo digan?

—Es que el despecho...

—Es una pasión como otra cualquiera. Y las pasiones son buenas ó malas según el fin para que se las utiliza.

—Vamos, D. Miguel, ¿á que me sale usted ahora haciendo la apología del despecho?

—Nadie debe rendirse sin luchar, y hay que luchar á la desesperada, con uñas y dientes. Si ha de sucumbir usted por lo menos que usted no caiga sin que su adversario se lleve algún arañazo ó algún mordisco. Todo menos entregar el cuello borreguilmente. Y lo mismo que con otro adversario cualquiera, con el público. Si ha de hundirse usted en el olvido, si ve usted que no se le hace caso, que no se aprecian sus esfuerzos, que no se enteran siquiera de cuanto

usted hace por instruirle, sugerirle, divertirle y emocionarle por lo menos antes de sucumbir procure usted hincarle las uñas ó los dientes donde más le duela.

—Se reirán de mí...

—Harán como que se ríen, lo cual es otra cosa.

—Pero si no se entera de lo que hago para ganármelo, ¿cómo quiere usted que vaya á enterarse de lo que haga para vengarme de su desvío?

—El público es femenino, joven. Las multitudes, aunque compuestas de varones son hembras. Esto lo habrá usted oído ó leído más de una vez.

—Pero esa conducta que usted me sugiere es egoísta...

—Todo lo contrario; es del más elevado altruismo. Es en obsequio á los demás que no debemos sucumbir sin lucha, aunque veamos nuestra causa perdida. Ya sabe usted lo de Ihering: no hay derecho á renunciar al derecho. Si nos dejamos vencer y atropellar pacientemente, los vencedores y atropelladores cobrarán bríos para ensañarse en nuevas víctimas. Esos arañazos y esos mordiscos le harán á su adversario más cauto para con otros.

—Pero, y yo... yo...

—Esa es la de todos, amigo, esa es la mía:

¡yo, yo! Y esa es también la del público. También el público dice: ¡yo, yo!

—¿Pero es que es yo alguno el público?

—Sí, las muchedumbres tienen, según dicen, personalidad.

—¡Pues no debían tenerla!—exclamó exaltado y ya casi fuera de sí mi joven interlocutor.

—Entonces—le dije con calma—si la muchedumbre, si el público no tuviera personalidad, nosotros, los que escribimos para él, fíjese usted bien, «para él», estábamos perdidos. Porque tiene personalidad, tiene memoria. Y si no la tuviese dirigirse á él sería como grabar, no en la roca, sino en el agua. Porque la muchedumbre es líquida y no sólida.

—Pero si yo no quiero sino que me oiga un momento, un breve momento, que me consagre unos instantes, que se pare un poco á escucharme y luego que me juzgue y que me condene, si así le place.

—Pues no pide usted poco, mozo—exclamé.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar si no será que todos los que escribimos para el público pensando en la fama, todos, absolutamente todos, sin excepción alguna, no somos sino unos pedantes presuntuosos? ¿Con qué derecho pretendemos hacer pensar al prójimo?

.....

Mi joven interlocutor se fué sin que redon-

deáramos nuestra conversación. O dicho sin artificio, tuve ayer que suspender este artículo al llegar á los puntos suspensivos y hoy no me encuentro con ánimo de reanudar su tono. El que quiera escribir escritos vivos y no muertos, tiene que escribirlos al día. Lo cual no quiere decir que no puedan así hacerse duraderos, pues que, precisamente son obras de ocasión y de momento las que más perduran entre los hombres. Y si no fuese por no asustar á aquellos de mis lectores á quienes les dé por el preciosismo esteticista diría aquí que el arte no se propone sino la eternización de la momentaneidad. Ya lo he dicho.

Ayer tuve que suspender el diálogo con mi joven interlocutor, el que lucha por el renombre y la fama, y también, aunque le cueste confesarlo, por el puchero, y tuve que suspenderlo cuando iba á hablar él. Y acaso es lástima. Porque, ¡qué de cosas no nos habría dicho contra los viejos y la senatocrocía, contra las reputaciones hechas, contra la ceguera de los públicos frente á los astros que se levantan. ¡Qué no nos hubiera declamado sobre los derechos de la juventud!

Pero todo esto podemos leerlo en cualquiera de esas efímeras revistas de jóvenes que duran hasta que se van colocando—ó casando—los que las fundaron.

Sí, es verdad, el oficio de joven es muy poco

socorrido en nuestros países tradicionalistas y conservadores. Que lo son hasta cuando de más progresivos y más progresistas alardean. Nuestro progresismo es un progresismo conservador. Vivimos, en general de cosas hechas, de ideas hechas, de reputaciones hechas, de valores entendidos. ¡Pobre mozo que tiene que abrirse camino, sobre todo si es el camino de la gloria y quiere abrírselo con la pluma, el pincel ó el cincel!

Le queda un consuelo, y es repetir con Gounod aquello de que la posteridad es una superposición de minorías. Por regla general los que en un momento dado gozan del favor de la mayoría del público, los escritores favoritos de una edad, pasan pronto: la generación subsiguiente los olvida. Y en cambio hay quienes son queridos, y gustados por una permanente minoría, por un grupo de escogidos que se suceden de generación en generación. A los unos se les erige un vasto y endeble templo, uno de esos edificios pasajeros como los de las exposiciones: á los otros una sólida capillita que desafía á los años.

¡Vaya un consuelo!—dirá alguno de esos jóvenes ambiciosos de gloria, si es que lee esto. Y yo le diré: Sí, tienes razón, mozo, pobre es el consuelo; ya sé que no oirás los aplausos que se te prodiguen después que hayas muerto, pero qué le vamos á hacer! . . . La cosa es triste.

La cosa es triste joven, pero es así. El público en todas partes anda escaso de espíritu de curiosidad, y en nuestros países más aun. Nuestro público, el público de lengua castellana, es muy poco curioso. Las obras de nuestros jóvenes se empolvan en los almacenes de las librerías. Y cuando el pobre muchacho toca á la meta, cuando llega al triunfo, cuando se le corona, está cansado, y lo que es peor, está amargado.

¿De dónde creéis que proviene esta amargura que se advierte en el fondo de casi todos nuestros escritores, este tono íntimo de desesperanza, sin frescura regocijante, que caracteriza á nuestras letras españolas contemporáneas? Pues esto proviene de lo tardío de los triunfos. Cuando el pobre luchador se sienta á la mesa del festín de la gloria—¡y qué gloria tan pobre y tan pasajera!—lleva estragado el estómago por los ayunos. Tuvo acaso que mascar virutas para engañar al hambre. Rumió el pasto amargo de sus desilusiones.

Los escritores, los literatos, somos sin duda petulantes y vanidosos, pero si se pudiera medir el sufrimiento de un pobre mozo que sueña con la gloria . . .

¡Y luego ese horrible sentimiento de la dignidad propia que nos prescribe no hacernos el reclamo á nosotros mismos! Cada día leo diatribas contra D'Annunzio ó contra Rostand, por la

manera cómo se hacen el reclamo y se preparan los éxitos. Pero es que no son hipócritas, no se arrastran, no buscan su fama por caminos tortuosos y oscuros, sino que muestran á la luz del día sus entrañas. Peores son los otros.

Y basta ya de estas dolorosas reflexiones. Vivimos en la calle y vivimos de la última novedad; eso que llaman «información» y eso otro que llaman la «actualidad» son el pasto de nuestros públicos distraídos. Quiere nuestro público que se le de noticias y no que se le de pedazos del alma. El alma estorba: la visión de un alma palpitante de ambición, de desengaño de tristeza, de desdén, es un espectáculo tan desagradable como la visión de unas entrañas de carne palpitanes de vida moribunda.

Perdona, lector, perdónamelo. Perdóname, aunque no me atreva á prometerte el no reincidir en el pecado. Perdona el que con evidente impertinencia me meta en estas líneas. ¿Qué te importo yo? Tú quieres que cuente cosas y acaso tengas razón. Acaso, digo, y este acaso es, como lo comprenderás, no más que una concepción retórica.

Vivimos muy de prisa, te espera tu negocio, tal vez me estás leyendo camino de la oficina; te espera la novia; no quiero molestarte más. Vete, vete á tus cosas y yo me vuelvo á mí, me vuelvo á este loco anhelar, un anhelo sin claridad ni

término, me vuelvo á cultivar todo eso que me hace antipático á tantos. No te molesto más; no quiero que lloren estas líneas. Quiero ocultar á tus ojos el mendigo, el terrible mendigo desdenoso que llevamos dentro todos los literatos. ¿Ocultártelo? No, que tú, si eres avizor, lo has columbrado ya; no, no ha podido escaparse á tus ojos, has visto que hay muchas maneras de pedir limosna, y que no toda limosna es limosna de dinero.

Ahora te pido limosna para los otros. Piedad, por Dios, lector, piedad para los que empiezan. No le des todo á las reputaciones hechas. Mira que hay mendigos millonarios. No alimentes la avaricia de los ricos. Y ten curiosidad siquiera.





EL PEDESTAL

TENGO á la vista uno de los libros para mí más excitantes, uno de aquellos que más reflexiones y comentarios me sujieren. Es el título «Moral para intelectuales», colección de las conferencias que en 1908 dió el doctor Carlos Vaz Ferreira en la sección de enseñanzas secundarias de la universidad de Montevideo. No es un libro escrito, sino hablado, y esto constituye para mí su mayor encanto. Se siente en él hablar al hombre.

Y este hombre, Vaz Ferreira, me está resultando un hombre singular. Constituye desde hace algún tiempo una de mis preocupaciones. Lo encuentro que disuena de su ambiente. Y su labor es hoy la labor acaso más intensamente desinteresada que conozco por esos pagos. Él, Rodó y Zorrilla de San Martín constituyen una terna que honraría á cualquier país culto.

Y vamos al libro de que os hablo, y que es una mina para comentarios.

En la primera de sus conferencias nos cuenta

Vaz Ferreira lo que ocurre con los jóvenes sudamericanos que vuelven á su patria después de haber seguido estudios en Europa. «En el medio europeo — dice — nuestros estudiantes se distinguen ó desempeñan siempre, por lo menos, un papel honorable, y no me refiero solamente á los dotados de una capacidad intelectual extraordinaria, no: lo verdaderamente digno de atención es que aun muchos de los que entre nosotros son mediocres, son distinguidos allá.» Pero, ¿qué sucede luego? «Vuelven esos estudiantes con su carrera hecha. Se les ve «chispear», diremos, algún tiempo; después «se apagan». Algo por el estilo nos sucede aquí, en España. Las pensiones para estudiar en el extranjero no dan todo el fruto que de ellas se esperaba.

Vaz Ferreira explica lo que quiere decir con eso de que se apagan. Profesionalmente podrán ser distinguidísimos, buenos médicos, buenos abogados, buenos químicos, pero nada más que profesionalmente. No realizan descubrimiento alguno original; no propulsan la ciencia. «El médico seguirá siendo un médico distinguidísimo tal vez; pero no será más que médico profesional; sólo por excepción, por inmensa, por rarísima excepción, procurará hacer observaciones, ver algo por su cuenta, descubrir algún tratamiento que en Europa intentó con menos cultura, con menos conocimientos».

El profesor de Montevideo trata de estudiar las causas de este hecho social y las encuentra análogas á las que aquí, en España, obran en igual sentido. Primero, la falta de estímulo. Ahí, como aquí, «la producción de una obra original, la publicación de un trabajo que represente esfuerzo, dedicación, que se sea el resultado de la profundización de un asunto, no agita más nuestro medio que una manifestación cualquiera de cultura puramente trivial, un trabajo sin originalidad alguna ó un simple resumen de ideas extranjeras. En realidad, lo que hay aquí para el productor intelectual, para el que con más ó menos celo emprende el trabajo personal, no es siquiera hostilidad — digo «siquiera», porque la hostilidad puede ser todavía una forma de estímulo y á veces no de las más ineficaces; hay, simplemente, la indiferencia absoluta. Un libro cae en este país como una piedra en el agua: un minuto después se ha hundido; toda huella se borra.»

No cabe decirlo mejor. Y sospecho que las propias obras de Vaz Ferreira son un ejemplo de ello; que habla por experiencia propia. Su queja es la queja de todos los investigadores en nuestros países, y advierto aquí á los maliciosos que yo, por mí, no puedo quejarme, porque á Dios gracias, he encontrado alguna hostilidad y ésta ha sido uno de mis más eficaces estímulos.

Pasa á decirnos Vaz Ferreira como faltan en su país medios de trabajo, libros, útiles, etc. Los laboratorios son de orden pedagógico, de museo, poco apropiados para la investigación personal. Y faltan también tiempo y concentración. El profesor, el catedrático, se dispersa en una multiplicidad de actividades como aquí sucede. Tiene que tomar la cátedra como un incidente de su vida. Aquí, en España, ocurre lo propio. Y hasta se da el caso de que la cátedra, sea un escalón para entrar en la vida política, ó si el catedrático es abogado, para hacerse un bufete.

«Debido á estas condiciones— agrega Vaz Ferreira— falta entre el productor y el medio esa «ósmosis» continúa que asegura la madurez y la calidad cumplida de la producción. Así toda investigación original y propia en estos medios es, á mi juicio, entonces, una forma de heroísmo. Creo que el que llega á producir aquí, en cualquier orden de actividad original, algo simplemente mediano, vale más intelectualmente y muchísimo más moralmente, desde el punto de vista de la voluntad sobre todo, que un notable productor europeo.»

Esto mismo lo hemos dicho aquí aplicándolo concretamente á Ramón y Cajal. La labor de este eminente histólogo, aquí en España, supone un heroísmo y una fuerza de voluntad muchísimo mayores que la de cualquier otro eminente

investigador alemán, francés, inglés ó italiano. Y lo mismo digo de la obra de un Menéndez Pelayo, de un Menéndez Pidal, de un Salillas, de otros.

Lo heroico de la labor de éstos fué en sus comienzos, porque hoy ya tienen un nombre europeo, se comunican con los investigadores de otros países, han entrado en la comunidad internacional científica, y este ambiente sobrepujado sustituye en cierto modo al pobre ambiente nacional. Hay quien escribe para ser traducido.

Pero Vaz Ferreira hace notar muy acertadamente que no se debe exagerar, y que ahí, como aquí también, no hacemos cuanto podríamos y cuanto deberíamos. No sirve alegar la pobreza de medios. «Inmensa cantidad de los grandes descubrimientos se han hecho en condiciones materiales pobrísimas; en el orden científico, por ejemplo, hay grandes experimentadores que han revolucionado la ciencia, á quienes faltaba todo ó casi todo, y que han debido cumplir con su ingeniosidad esas deficiencias materiales.» Y Vaz Ferreira nos cita al propósito los ejemplos, ya clásicos en este respecto, de Pasteur y de Claudio Bernard. Y yo puedo añadirle el del ya mentado Ramón y Cajal, nuestro histólogo, á quien he oído decir que llevó á cabo sus más importantes descubrimientos, cuando en vez de

micrótopo usaba una navaja de afeitar manejada á pulso, y todo por el estilo. Sí, es cierto eso de que es casi la regla que los grandes descubridores no hayan dispuesto de aparatos muy complicados ó muy caros, y que más bien los aparatos de esta naturaleza se adaptan á las demostraciones, á la explicación pedagógica.

Pero todo ello no explica, á juicio de Vaz Ferreira, el hecho por él notado. Un médico sudamericano puede tener tantos ó más enfermos que un médico europeo y con rarísimas excepciones no hace los descubrimientos que un médico europeo. ¿Por qué? se pregunta nuestro profesor. No le faltan ni elementos, ni conocimientos, ni inteligencia. Supone Vaz Ferreira y supone muy bien á mi juicio, que el promedio intelectual de los profesores sudamericanos no es inferior al de un país europeo. «Un físico sudamericano — escribe — podrá saber tanto como un físico alemán, y creo que tiene bastantes probabilidades de ser más inteligente.» Yo no sé si esta última proposición podrá escandalizar á algún europeizante de por ahí; con proposiciones análogas se han fingido escandalizar algunos de nuestros europeizantes. Y el caso es que yo creo, como Vaz Ferreira, que un investigador de nuestra casta, de nuestro pueblo, de nuestro pueblo de lengua española, tiene bastantes probabilidades de ser más inteligente que

un investigador alemán. Tomados aisladamente, fuera de su ambiente social, de su solidaridad de cultura, los alemanes no nos sobrepujan ni mucho menos en inteligencia.

¿Por qué, pues, esa diferencia?, vuelve á preguntarse Vaz Ferreira. Y responde con grandísimo acierto que se debe al estado de espíritu, á que el investigador sudamericano — y digamos español — trabaja en estado de espíritu pasivo, receptivo, á que no cree que él tenga capacidad, ni aun el deber de hacer uso personal de sus observaciones. O sea, dicho con otras palabras, á una especie de humildad colectiva, á falta de confianza en sí mismos. Es como si el químico, v. gr. uruguayo, argentino ó español, se dijera: Yo, pobrecito de mí, un uruguayo, un argentino, un español, qué voy á descubrir que no lo haya descubierto antes un alemán, un francés ó un inglés?

Contra este estado de espíritu, contra este hábito ó sugestión pasiva, trata de reaccionar Vaz Ferreira, y sus esfuerzos, aunque por otras vías, se encaminan al mismo fin que los esfuerzos de Ricardo Rojas, de quien os he hablado. Hay que imbuir en esta nuestra España un espíritu de mayor confianza en nosotros mismos.

Pero hay un aspecto que no pone bastante en relieve Vaz Ferreira, y es lo que influye el prestigio total de que goza una nación, su significa-

ción ante el resto de las naciones, para la labor de cada uno de sus hijos. La armada inglesa apoya la confianza en sí mismo con que un químico inglés investiga; el ejército alemán sustenta la labor de sus laboratorios.

A primeros de este año uno de los hombres que más honran á la espiritualidad española, uno de nuestros escritores y pensadores más ju-
gosos, el obispo de Vich, doctor Torras y Bageés, cuyas pastorales, en catalán, suelen ser preciadísimos monumentos literarios, en una alocución invitando á celebrar el centenario de Balmes escribía: «Lacordaire en Francia, entonces cabeza de Europa y del mundo, Newman en el mundo anglo-sajón, predominante en el orbe de las tierras, y nuestro Balmes, que no tuvo un pedestal tan suntuoso, fueron inteligencias soberanas...» Dejo de lado el valor intrínseco que pueda tener la obra de Balmes y su significación en la historia de la filosofía moderna, y hasta añadiré que no he sido nunca entusiasta del filósofo de Vich. Su pensamiento me parece rastrero y de corto vuelo, su sentido común, un sentido común muy catalán, bastante parecido al «common sense» de la escuela escocesa, lo menos á propósito para la alta especulación metafísica, pero no cabe dudar de que como publicista de cuestiones políticas y sociales honrara á cualquier país. Mas no se trata ahora y

aquí de esto, sino de lo que el obispo de Vich dice sobre el pedestal.

Y eso del pedestal es exactísimo. Aunque el P. Lacordaire y el cardenal Newman hubiesen valido intelectualmente menos que Balmes habrían siempre gozado de mayor reputación que éste. Y es que al P. Lacordaire le sustentaba Francia, «entonces cabeza de Europa y del mundo» y al cardenal Newman el mundo anglo-sajón «predominante en el orbe de la tierra.» Y aparte de que Francia é Inglaterra son dos resonadores inmensamente más potentes que pueda serlo España, el sentirse francés el P. Lacordaire y el sentirse el cardenal Newman inglés les debió dar una confianza en sí mismos y en la eficacia de su obra de que hubo de carecer nuestro Balmes.

José de Maistre, aquel poderoso genio saboyano, uno de los hombres de mayor capacidad para la paradoja — y esto implica muchísimo más de lo que se figuran muchos — comentando aquella frase de Justo Lipsio, que él, por una de sus frecuentes inadvertencias atribuye á Séneca, de que unos merecen la fama y otros la gozan, dice en la Conversación Sexta de sus «Veladas de San Petersburgo»: «Si los libros aparecen en circunstancias favorables, si halagan grandes pasiones, si tienen á su favor el fanatismo proselitico de una sexta numerosa ó activa, ó lo

*El pedestal es el pedestal. Pero que el pedestal fue
el pedestal porque el pedestal es el pedestal.*

que vale más que todo, el favor de una nación poderosa, queda hecha su fortuna; la reputación de los libros, si se exceptúa acaso los de los matemáticos, depende menos de su mérito intrínseco que de esas circunstancias extrañas á cuyo frente coloco, según os lo acabo de decir, el poderío de la nación que ha producido al autor. Si un hombre tal como el P. Kircher, por ejemplo, hubiera nacido en París ó en Londres, su busto estaría sobre todas las chimeneas. En tanto que un libro no haya sido «empujado» (poussé) permítaseme la expresión, por una nación influyente, no obtendrá sino un mediano éxito; podría citaros cien ejemplos de ellos.»

Claro está que aquí hablaba el saboyano, el hijo de aquella pequeña nación que vió durante su vida misma, en 1792, la anexión de su patria á Francia teniendo que retirarse á Lausana; hablaba el saboyano, conciente de su valer y convencido de que de haber nacido en París, su labor habría tenido mayor resonancia que por el pronto tuvo. En las quejas del doctor Vaz Ferreira sobre la falta de resonancia de la labor filosófica en su patria habrá, sin duda, un acento personal. Y un acento personal hay también en estos mis comentarios. ¿Por qué negarlo si ello ha de transparentarse hasta á los menos linceos? ¿Y qué mal hay en ello? Odiemos, sobre todo, la hipocresía. Y no hay labor alguna, por

impersonal que parezca, verdaderamente eficaz si carece de ese acento personal.

Sí, una nación poderosa y respetada, es decir, temida, sustenta la obra de cada uno de sus hijos. Recordemos el famoso sorites de Cyrano de Bergerac, el verdadero, no el de Rostand!: Soy el mejor estudiante del colegio X, (no me acuerdo ahora de su nombre), el colegio X es el mejor colegio de París, París es la mejor ciudad de Francia, Francia es la mejor nación del mundo, luego yo soy el mejor estudiante del mundo todo. Así discurren muchos en serio, aunque sin sospecharlo, como en broma discurría Cyrano.

Recuerdo la cómica sonrisa de un amigo mío, cuando le dije que Oliveira Martins, el portugués, había sido uno de los más grandes historiadores artistas del pasado siglo, tan grande como Michelet, ó Taine, ó Macaulay, ó Carlyle, y que Camilo Castelo Branco es un novelista tan grande como los más grandes de Europa. ¿Un portugués? — parecía callarse. — ¿Un portugués? ¡Cualquier cosa!

En otra ocasión leyendo un libro de un autor peruano y de un autor que es un hombre inteligentísimo, muy culto y muy sagaz, aunque estropeado por un ciego sectarismo anticatólico y por una no menos ciega parcialidad en favor de Francia y en contra de España, leyendo ese libro, digo, me encontré entre otras cosas atinadí-

simas y escritas con un gran vigor de estilo, unas expresiones de desdénso asombro porque alguien se atrevió á comparar á Valera con Anatolio France. No discuto el valor comparativo de uno y de otro, y hasta me faltarían datos para tal comparación, pero en el fondo de la protesta del autor á que aludo, más que una clara visión de la superioridad de Anatolio France sobre Valera—si es que la hay—parecía columbrarse este juicio: ¿Cómo se atreve nadie á comparar Valera, á quien apenas se le conoce fuera de los países de lengua castellana y que es casi desconocido, por no decir desconocido del todo, en París, con Anatolio France, una reputación literaria en París y en el mundo entero? Claro está que el aludido escritor peruano jamás habría formulado así este juicio tan grotesco, pues se trata al fin, lo repito, de un hombre inteligentísimo y cultísimo, pero aun sin él saberlo, de un modo subconciente, tal era la base de su razonamiento.

El crédito de que goza el país, y este crédito se basa ante todo y sobre todo en sus acorazados, sus cañones y en su riqueza material, este crédito refluye sobre cada uno de sus hijos. Para muchas gentes el hecho de que los Estados Unidos derrotaran á España, arrebatándole sus últimas colonias en América y Asia, significaba que un químico, un físico, un filósofo ó un poeta cualquiera yanqui vale más que uno español.

Soy uno de los que creen que nuestro Benavente no tiene hoy quien le supere como autor dramático; que su obra vale tanto por lo menos como la de Sudermann ó Hauptmann, y, sin embargo, Benavente no goza en Europa del crédito de que gozan Hauptmann ó Sudermann, ni es tan traducido como éstos. Y ello se debe ante todo á que España no puede poner detrás de «Los intereses creados» de Benavente, los cañones y los acorazados que Alemania pone detrás de «La campana sumergida» de Hauptmann. Yo he recomendado á una de nuestras primeras compañías dramáticas un drama, «Los derechos de la salud», de un uruguayo, Florencio Sánchez, entregándoles para que lo leyesen un ejemplar de él; y aunque nada me dijeron, me pareció que pensaban: ¿Uruguayo? ¿Y Sánchez por añadidura? ¡Bah! Y cuando por otra parte he oído á más de uno hablar de la intelectualidad y la ciencia chilenas como superiores á las de los otros países sudamericanos, he sospechado que quien tal juicio emitía lo fundaba más que en un conocimiento de la literatura y la labor científicas de Chile—conocimiento que es aquí casi nulo—en el resultado de la guerra del Pacífico que valió á Chile el nombre de la Prusia de América.

A esto hay que agregar que el crédito filosófico, científico, literario y artístico es solidario,

que un escritor, pensador ó artista de un país cualquiera, cuando obtiene renombre y fama ayuda á que lo obtengan aquellos de sus compatriotas que lo merecen. Verdad que olvidamos á menudo en España, donde esta plaga de la envidia, de que alguna vez os he hablado, nos lleva, por querer ser cada cual solo, á perjudicarnos todos. Es evidente que la merecida fama de que llegó, después de brava y tenaz y larga lucha, á gozar en toda Europa Ibsen ha refluído sobre otros escritores noruegos. Es Ibsen quien sobre todo ha difundido á Bjoerson, á Jacobsen, á Lie, á Hansum, quien ha hecho que los traduzcan.

Se conduce, pues, el doctor Vaz Ferreira con muy clarividente patriotismo cuando en una lista de treinta obras que supone adquieren treinta de sus discípulos—lista, por lo demás, para mis aficiones y gustos un poco extraña y heteróclita— incluye el «Ariel» de su compatriota Rodó. Esto es infundir en sus compatriotas una sana confianza en sí mismos, esto es levantar el pedestal común.

¿Y de qué ha de servirnos—podrá objetarme alguien—el que exaltemos nosotros aquello de lo nuestro de cuyo valor tengamos conciencia, si los demás no han de hacernos caso? Aparte de que ya es bastante aprender uno—un individuo ó un pueblo—á estimarse á sí mismo, ocurre

que los demás nos desprecian tanto más cuanto menos nosotros nos apreciamos á nosotros mismos.

Una de las causas de nuestro decaimiento cultural, de esa actitud pasiva ó receptiva de que Vaz Ferreira nos habla, de esa nuestra postura de discípulos, se debe á que no cuidamos de nuestro crédito en el extranjero, á que constantemente estamos diciéndole á Europa: ¡Enseñanos! ¡Alecciónanos! ¡Instrúyenos!» y ni una vez siquiera nos encaramos con ella para decirle, como podemos muy bien hacerlo: ahora, en esto te voy á enseñar algo que te hará más culta y más sabia, disponte á aprender! Sí, así, y hasta con arrogancia, si se quiere. ¿Es que esos petulantes europeos—el europeo por antonomasia es esencialmente petulante, y tanto más cuanto es mayor su ignorancia—han de enseñarnoslo todo y no han de tener que aprender nada, absolutamente nada, de nosotros? Aun tienen no poco que aprender en nuestros países, en España, por lo menos, que es lo que mejor conozco, franceses, ingleses, italianos y alemanes, aunque nosotros tengamos que aprender más de ellos.

Cuidemos del pedestal.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ind. 1626 MONTERREY, MEXICO